

Trazos



Pablo Montoya
Editorial Universidad de Antioquia
Medellín, 2007
55 p.

*Sin duda cada generación se cree
predestinada para rehacer el mundo.*

*La mía sabe sin embargo que no
podrá lograrlo.*

*Pero su tarea es más compleja:
consiste en impedir que el mundo se
deshaga.*

Albert Camus

Trazos de Pablo Montoya es una reunión de ensayos e imágenes que semeja una historia de la pintura universal. Sus textos, pulcros y exactos, han sido tallados pacientemente para referirse a algunas pinturas y a algunos hallazgos antropológicos importantes como las cavernas de Altamira, las tumbas egipcias o los tótems de Tierradentro. En algunas imágenes, se muestra la pintura completa; en otras, tan sólo detalles.

Ante la provocación de reseñar este libro, me tientan formas diversas. Conducir la expresión en un lenguaje poético en prosa que podría alargar la escritura misma del libro, tal como lo hace Santiago Mutis en la presentación, o comentar los estudios, el contexto histórico de las obras y del pintor, de los cuales el autor

es gran conocedor. Sin embargo, dado que las obras pictóricas aparecen para la contemplación de un crítico, un académico, un esteta, un hombre, elegir un único estilo para esta reseña, puede desviar al lector de la escritura de un autor que, apegado al hombre, al arte, a la cultura, a la civilización, ha decidido despojarse de sus epítetos porque podrían revestirlo de dogmatismos, e impedirle con ello el gozoso abuso del despliegue de sus imaginaciones o del vuelo de su creación. Pablo Montoya, ante las pinturas que contempla, se convierte en el turista, en el visitante imaginario, en el pintor o, inclusive, en uno de los personajes que habita el cuadro. De este modo, su escritura transforma la pasividad de la contemplación en la actividad del creador.

Comunicar el recibimiento de esta confesión, de este testimonio, del desnudamiento que acontece en estos cuarenta y ocho textos que difícilmente podrían encuadrarse en un único arte, dígame poesía, literatura, ensayo crítico, creativo o expositivo, invocan de quien reseña, o bien una diversa amalgama de formas discursivas que presenten el libro, o bien una imposibilidad de estrechar la lectura del futuro lector. Por estas razones, tan sólo se podrían referir los contenidos de *Trazos* como elucubraciones o fulguraciones de pinturas sobre pinturas. De allí, tal vez simplemente una asimilación captable: las letras, las palabras, como tinta derramada, trazada o contorneada sobre el papel, semejan textos que, compilados bajo imágenes en las páginas de este libro, se entregan como testimonios preparados cautelosa y mimosamente por el autor, para convocarnos al cuidado del texto, a su protección y resguardo.

En razón de lo anterior, no puedo sin embargo privar al lector

de la voz que Pablo Montoya traduce en sus palabras. Transcribiré aquí tres extractos, en los cuales se evidencia su conocimiento del autor y la obra, su mirada sobre una pintora colombiana, y el encadenamiento de su vida en la contemplación de la obra artística. Las pinturas convocadas son: *Baltasar Castiglione* de Rafael, *La justicia* de Débora Arango y *El cuerpo de Cristo muerto en la tumba* de Holbein el Joven.

Para el primero, dice Montoya:

Yo, Baltasar Castiglione, humanista de Mantua, me llevo a todas partes durante mis viajes. Para recordar cómo fui, he sido y seré ante los otros. Así, mirándome, recuerdo las tardes en Roma. Yo viéndote pintar. Tú viéndome hablar o escribir. Los dos viéndonos untados de brevedad” (p. 13).

Estas palabras provienen de la voz del personaje de la pintura, Baltasar Castiglione, pero han sido pronunciadas para suscitar un diálogo con el pintor, Rafael. Diálogo que alude a una profunda amistad en Roma, por los años de 1513 a 1516. Para el segundo:

La justicia es una mujer de grandes senos. De ellos maman todos. Una pausa entre el aguardiente y la cerveza. Y ella se acicala. Una pausa entre el chicharrón y las papas criollas. Y ella se contonea. [...] Afuera una ráfaga penetra el aire como si escupiera semen de plomo. La justicia la oye y se excita. Mientras todos siguen mamando de sus senos (p. 48).

Encadenamiento de sensualidad y comida, de gestos y hechos que transmiten, no sólo detalles del cuadro de Débora Arango, sino también el ambiente de una sociedad atravesada por el estruendo de las balas. Montoya combina aquí algunos productos de la gastronomía antioqueña con

una provocativa interpretación de la justicia. La justicia: dícese de aquella invitación a la bondad que requiere de la inclemencia, de la violencia, para poder seducir. Para el tercero:

Tomás cayó ultimado por la policía. [...] El cuerpo fue trasladado a la morgue donde, eso explicaron, se le hizo una autopsia necesaria. La noticia, como agua desbordada, se regó por la pequeña ciudad de Tunja. [...] Sobre una de las plataformas vi el cuerpo. Largo y extenuado como una espada sin brillo. Un calzón cubría los genitales. Las costillas estaban envueltas en un cartílago amarillento. El formol era un látigo de oprobio disperso en la sala. Tomás, pensé, poseía la fealdad de la muerte. [...] Indignado, tomé al hombre por las solapas de su delantal médico. Demoré segundos en entender su alegato. Logró soltarse y me ordenó seguirle, en otra de las salas estaba el ataúd con Tomás. Y el hombre del lado ¿quién es?, pregunté con vergüenza. El médico levantó los hombros y contestó: un desechable, quizás (p. 17).

Con *El cuerpo de Cristo muerto en la tumba* de Holbein el joven, Montoya crea la ilusión de estar observando a un compañero manifestante que ha sido abaleado por la policía en una revuelta universitaria en Tunja. Y aunque al final del escrito se descubre que el hombre muerto no es su compañero sino un desechable —un “cualquiera” en la jerga popular—, lo magistral reside en la hereje extrapolación de Cristo. Pues, al proponer que podemos observar a Cristo en la tumba como una espada sin brillo, Montoya se está refiriendo a los estudiantes caídos en manifestaciones estudiantiles en Colombia.

Trazos, como confesión o testimonio, podrá ocupar un espacio en nuestra biblioteca privada,

para descubrirlo en la soledad, en el recogimiento o la intimidad. Pero *Trazos*, como proclamación abierta, podrá ocupar un espacio en nuestras bibliotecas públicas para que sea descubierto por las multitudes, grupos, colectivos o centros de discusión. Respecto a esto último, cuando Montoya plantea la inclusión no sólo de alguna pintora y pintores colombianos, sino también los tótems de Tierradentro en el marco de las manifestaciones artísticas rupestres, subraya el lugar del arte colombiano en el lenguaje universal, subvirtiendo las omisiones de muchos (as) “importantes historiadores (as) del arte”.

Finalmente, y a manera de síntesis: Pablo Montoya ha hecho con *Trazos* una cosa y la otra; condensación de imágenes y evidencia de reflejos, fabricación de sombras y construcción de destellos. En fin, trazos, siluetas, bocetos, líneas que, onduladas pueden producir “om”, y serpenteantes, la espiral que prolonga el conocimiento y sus enigmas. En *Trazos*, Pablo Montoya evidencia que, incluso en la preocupación porque *el mundo se deshaga*, la palabra puede subvertir el mundo protegiendo el secreto de continuar su tarea, *rehacer el mundo*. ■

Mateo Navia (Colombia)

Revista de poesía

ARQUITRAVE

Director
Harold Alvarado Tenorio

www.arquitrave.com

Como la sombra o la música



Paloma Pérez Sastre,
Hombre Nuevo Editores
Medellín, 2007
117 p.

Siempre siento a Paloma respirar, asomarse en cada palabra de este libro. Tal vez porque somos amigos, porque reconozco a Medellín detrás de sus páginas; tal vez porque recuerdo algunas historias que me ha contado, aunque jamás nos hayamos sentado a hablar del libro en particular en el que se cruzan cuentos y crónicas de viajes y de animales amados.

Lo esencial aquí es el silencio que se agita en las historias y hace que uno piense qué iba a decirse cuando... Quizá sea esa la virtud de estas narraciones sugerentes escritas con un lenguaje medido en las que por momentos la fuerza del deseo aprieta y la pasión tensa la atmósfera como cuerda a punto de romperse para descansar, sí, descansar en las sutilezas del erotismo, de los gestos, de las manos que visitan rostros.

Hay una dulce esperanza de que las cosas sucedan porque sí y no porque hay razones de peso

que las empujan desde quién sabe dónde y las convierten en sospechas, en ligeros asomos de traición o en reclamos mudos cuando la tragedia parece que se cierne sobre todos, el lector incluido, como ocurre en un cuento donde gatos y seres humanos desconfían de todo y convierten el relato en reconvencción, en duro reclamo a la madre, al pasado, a lo que ha de venir. Bella muestra de alterar las reglas del juego y hacer sufrir mientras el suspenso crece y los disparos se oyen por el bosque en Cataluña. El lector respira aliviado, pero no tranquilo, porque han sido tantas las sugerencias que el relato deja sueltas a manera de trampas que lo enredan al punto de llevarlo al agotamiento.

Hay sorpresas gratas y también están las infamias de la vida, la enfermedad convertida en hastío, asco, vergüenza, repudio de los otros, soledad de sí mismo frente a los que ya van pidiendo permiso para morir y necesitan unos cuantos pesos porque las cremaciones hoy en día resultan... Lo brutal es la repulsión, los susurros, los comentarios soterrados, la urgencia porque la evidencia de la muerte desaparezca de una vez por todas y podamos descansar. Porque en una ciudad o en un país visitado de continuo por las más diversas formas de la muerte, ¿qué más da que alguien se pudra de un fatal VIH? Y sin embargo, siempre hay alguien que surge de entre las sombras y arrebatada la esperanza al moribundo...

Tan sutil Paloma en sus cuentos para contarnos, con una certeza que parece abandonarnos en mitad de la noche más hosca, que la muerte es un asunto que está en nuestras manos, en la sombra de las mascotas que van dejándonos solos, que la muerte de Lola o la de los demás reside en una extraña comunión con la tierra, en una absurda y quizá mística aceptación de legendarias miradas al mundo,

como si no hubiéramos avanzado en tanto humanos un ápice a favor nuestro. Pero no: aquí todo es abandono, construcción de la derrota en medio del crecimiento de las imágenes más sólidas de la creación del artista.

Y en medio de todo esto surge el emblema de la amistad, la complicidad de los otros, las palabras, los silencios y secretos, la aceptación del otro en su delirio aunque nos rompa por dentro, porque entendemos que de algún modo hemos de preparar la muerte porque hace tiempo que ésta ya habita en nosotros.

Está por igual en este libro la palabra que edifica desde el deseo y arma un mundo en donde la realidad se cruza y alterna con las imágenes creadas por la fantasía, los rasgos apenas vistos de un cuerpo, los límites que marcan pautas, y dejan a la imaginación el trabajo de construir un cuerpo y lo que éste esconde en medio de un ritual silencioso, a hurtadillas: el muslo, las medias veladas, las caderas, la humedad, el vapor delicioso que emana de una intimidad que se insinúa o se adivina y, del otro lado, en un contraste bárbaro y cruel la dura, escueta monotonía de la vida diaria con sus avisos en acrílico, las venias respetuosas, las manos que se entrecocan al saludarse en gestos repetidos que obedecen a meros formalismos. La vida se eleva por sobre esto, aferrándose al detalle de unas curvas entrevistas en un gesto de espionaje total que rompe la rutina y no envilece porque el deseo ha sido puesto en su sitio, desatado y libre vaga por nosotros.

Uno, como lector, va detrás de aquello que lo ayuda a formar como tal, o como posible escritor, no como crítico, y resulta preciso agregar que el libro son más, muchas más historias, porque también están los relatos de viajes o los que nacen del espacio amplio, umbrío de un verde frondoso cortado por

guayacanes de flores amarillas, por aves, ardillas y gatos, lo que circunda a Paloma en su magnífica, generosa casa en Envigado. Ahí están la escritura y las manías de los escritores, los gatos y su compañía silenciosa, mientras observan sin juzgar: “en una ocasión que tardamos en volver a casa, hallamos sapos y arañas encima de la cama; era un regalo de los gatos o un reclamo”, me contaba Paloma una tarde allí en Envigado. Tal vez los regalos no sean otra cosa que un reclamo que disfrazamos de cariño, Paloma. ¿Quién sabe?

Los carnavales y las riñas de gallos, el agua y los delfines en el gran Amazonas, los botes y los indígenas en la selva que murmura, están presentes en el libro, siempre contados con las mejores y más musicales palabras de esta mujer que tiene un oído de virtuosa.

Luego queda el silencio que se amplía lento, mientras uno decide cuál de las historias ha de volver a leer. ■

Gabriel Jaime Alzate O. (Colombia)

A fines de 2008
murieron los
distinguidos escritores
Jacques Gilard y
José Eduardo Jaramillo
Zuluaga,
amigos y colaboradores
de esta Revista.

El exiliado de aquí y allá de Juan Goytisolo



Juan Goytisolo
Círculo de lectores
Barcelona, 2008
185 p.

*Toma el bordón, peregrino;
como ayer a la alborada,
hoy con la noche mediada
has de emprender el camino.
Ya de las aves el trino
no alegrará tu jornada;
está la noche cerrada,
negro y callado el camino.
Si por la senda ignorada
has de caminar sin tino,
ni busques ni esperes nada...
hunde tu sombra cansada
en la sombra del camino.*

Francisco A. de Icaza
“Ahasvero”, *Cancionero de la vida
honda*, Obras completas T. II, p. 105

I

No es ésta la primera vez que Juan Goytisolo viene a México ni este acto el único en que ha participado aquí. Vino por primera vez —como ha contado él mismo el pasado martes 18— a principios de 1962, invitado por Miguel Barbachano, y ahí conoció a la mayoría de sus amigos mexicanos como Carlos Fuentes. Yo recuerdo

el viaje que hizo a nuestra ciudad en 1974, en compañía de Monique Lange, editora de Gallimard y primera traductora al francés de Juan Rulfo, para participar como jurado en el concurso de “Primera Novela”, convocado por el FCE. Además, sé que su nombre, santo y seña ha estado presente en nuestras letras. Goytisolo fue durante aquellos años por efecto del franquismo “editorialmente mexicano” y ciudadano de nuestras letras a través de la amistad y de las palabras de Octavio Paz y Carlos Fuentes, quien incluyó un capítulo sobre él en su libro-manifiesto *La nueva novela hispanoamericana*: “Juan Goytisolo: la lengua común”.

En México se publicó en 1966 la novela *Señas de identidad*, en 1969 la reedición de *La isla*, en 1970 *Reivindicación del Conde don Julián*, y en 1976, por la misma editorial Joaquín Mortíz, el libro de Linda Gould Levine, *La destrucción creadora*. Publicó textos y ensayos en *Plural* y *Vuelta* de Octavio Paz y en 2002 se le concedió en México el “Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo” que le entregó nuestra amiga Marie José Paz. Goytisolo no sólo era en su origen editorialmente mexicano. Existe entre su obra y la materia y forma de la expresión americana y mexicana una red de vasos comunicantes, en el tono, en la furia, en el deseo de innovación tanto como en la audacia creadora. Volví a encontrar personalmente a Goytisolo en esa ocasión, pero a diferencia del primer encuentro fugaz y como de reojo de 1974, ya había tenido tiempo de leer algunos de sus libros —gracias a los préstamos de Danubio Torres Fierro— y conocer su mundo y trasmundo. Por eso el paseo que hicimos por el zócalo la mañana del jueves de corpus de aquel 2002 fue el espacio singular en que, a ritmo lento y moroso, y como de casualidad, nació, junto con una viva simpatía, el proyecto

de armar una antología de su obra ensayística para lectores mexicanos y americanos, al compás de la caminata que tuvo el efecto de desdoblarse la plancha de nuestra plaza mayor y poner virtualmente sobre ella otra, a la par real e imaginaria, a la par profusa y gobernada por un orden secreto, la de la plaza de Marrakech, cuya bóveda inmaterial y vertiginosa describen las páginas de la novela *Makbara*. Sus palabras me llevaron a pensar y sentir que esos dos espacios son como los polos subterráneos que sostienen el mundo hispánico. Durante aquel paseo noté cómo Juan Goytisolo no camina sino que parece flotar en el espacio, como si fuese un *efrit* de las *Mil y una noches*, como que anda con los ojos muy abiertos y atentos pero, a la vez, dando cada paso con una rara conciencia sonámbula de los pasos que lo aventuran al mismo tiempo en otros reinos, en otras ciudades imaginarias. Mezcla de cálculo y distracción, de serenidad y disponibilidad. Goytisolo, en resumen, parecía conocer el zócalo mejor que yo, y estar más y mejor en su aire y en su compás. Nos tomamos una foto muy *kitsch* con sombrero charro, sarape, paisaje apócrifo y junto a un caballito de madera como el “Clavileño” de Don Quijote.

II

En el siglo XVIII, John Dryden, el poeta laureado, era consciente de que los mayores elogios y los más altos honores estaban reservados al escritor capaz de escribir un poema épico y que, en sus palabras, “indudablemente la mayor obra que el alma humana es capaz de realizar”.¹ Esta creencia atravesaría los siglos y alcanzaría la novela moderna. El tema de la guerra, la violencia entre los hombres y el poder, conferiría, por ejemplo, mayor interés según esto a *Guerra y paz* que a *Ana Karenina*. En el siglo XX, espacio de matanzas,

crisis, revoluciones y revulsiones y que ha roto el record en materia de masacres y crueldad de toda la historia humana, la novela no sólo se dedicaría a la creación de héroes sino a la crítica y deconstrucción del orden épico, y el héroe sería más bien un anti-héroe, un cualquiera anónimo como K, o un hombre suspendido como el *Dangling Man* de Saul Bellow —o bien sería hipostasiado por el espacio y sus heterocronías— como en *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, *Rayuela* de Cortázar, *Paradiso* de Lezama Lima, o *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

La crónica de la posesión y conquista —como en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo— sería sustituida por la relación minuciosa y encarnizada de la desposesión, la alienación y la enajenación, como en la *Reivindicación de don Julián* de Juan Goytisolo.

La novela épica basada en crónicas y anales de la realidad y la historia, sería sustituida por una novela a medias carcelaria —como en *Señas de identidad*—, inspirada o fundada en algunos tramos en los “diarios de vigilancia” de “los inspectores que anotaban con una objetividad digna de James M. Cain o Dashiell Hammett todos los movimientos, actos, palabras, etc., de los sospechosos a quienes vigilaban”.²

Desde este hilo de razonamientos podría leerse *El exiliado de aquí y allá*³ como un eslabón de esa ca-

dena que, en la narrativa de Juan Goytisolo, se da en torno crítico a las fantasías, frustraciones y falsas esperanzas de los grupos marginales y clandestinos. Y también como una afirmación de la libertad que está inscrita en el acto de la contemplación y de la lectura, como bien señala que el personaje de esta novela helada y sorprendente tenga cierta afición por la lectura del filósofo Spinoza, por cierto, el único autor mencionado por su nombre en el libro. Autor, digámoslo entre paréntesis, que es leído también por los personajes de *La voluntad y la fortuna*, la nueva novela de Carlos Fuentes, a través de las lecciones del profesor San Ginés, quien está inspirado a su vez en el profesor de derecho y teoría del Estado Manuel Pedroso, de quien Fuentes fue discípulo.

III

El exiliado de aquí y allá llegó a mis manos a principios del año 2008. Juan Goytisolo me lo enviaba con un guiño de cortesía, pues en 2007 se publicó la mencionada antología de sus ensayos literarios⁴ para dar a conocer mejor su obra y para marcar editorialmente el hecho de que se le hubiese concedido en 2002 el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo. *El exiliado de aquí y allá* es una novela o relato breve de apenas 152 páginas dividido en 68 capítulos. Es la primera obra que publica el autor de *Paisajes después de la batalla* luego de haber anunciado que ya no reincidiría en ese género que tanto y tan bien practicó desde *La isla*, *Juegos de manos*, *Reivindicación del conde de Julián* y *Makbara*, entre otros títulos. Podría decirse que es una novela póstuma, o si se quiere el primer libro nuevo y resucitado de Juan Goytisolo, sobre “La vida póstuma del monstruo del Sentier”. Una novela escrita por un resucitado o —¿cómo serán?— con los ojos y la mirada de un Ahasverus o un judío errante, un inmortal, un lívido

Lázaro o Conde de Saint Germain ateo que vuelve al mundo luego de haber conocido y olvidado “La otra orilla”. Tiene en la portada la imagen de una bomba compuesta por seis cartuchos y un detonador electrónico. Y esa portada le va bien, pues el personaje póstumo que vuelve del más allá en busca de un más acá terminará estallando con un cinturón víctima de una bomba pegada a su gabardina. El exiliado no tiene ni familia ni amigos y deambula por los 68 capítulos —nótese el número— de su peregrinar zarandeado por las voces y presencias insidiosas representantes del “Sistema y del anti-sistema”.

Desde *El corazón de la oscuridad* y *El agente secreto de Joseph Conrad* hasta *La fosa de Babel* y *Los ojos de Ezequiel están abiertos* de Raymond Abellio —pasando por *El hombre que fue jueves* de Chesterton y *País portátil* de Adriano González de León—, los temas del terrorismo y la guerrilla con sus múltiples vistas ha fascinado a los escritores.

El exiliado de aquí y allá de Juan Goytisolo, se inscribe en esa genealogía ampliando su radio de acción a la descripción o relación de una utopía negativa o anti-utopía, como *El castillo* de Kafka o *Brave New World* de Aldous Huxley.

El descarnado personaje carece de rostro y casi de atributos: se sabe que es un amanuense o escriba que se ve zarandeado por las órdenes, consignas, voces y fríos o sofocantes alientos de entelequias como la ambigua y travesti “Alicia”, el rabino, el Monseñor pedófilo, el déspota. Las aventuras del “Monstruo del Sentier” —lector y admirador de Spinoza— recuerdan el ambiente de pesadilla de *El castillo* de Franz Kafka, suscitan el eco de los monólogos y diálogos de Beckett y evocan ciertas páginas corrosivas de Jonathan Swift. De buena parte de los hechos narrados se tiene noticia a través de frases e imágenes que

aparecen en Internet. Dado que el monstruo del Sentier es una entidad póstuma, carece de miedos y de pasiones, es un desahuciado, un resucitado que ve las escenas y combates, los entusiasmos y fervores desde una distancia tensa de ironía. Pero en su divagar entre escenarios a la vez demasiado abstractos y demasiado típicos, el Monstruo del Sentier va filtrando su gélido, abrasivo cuento, inyectando en el cuerpo del lenguaje y destilando en las palabras mismas una solución crítica que develan, al peregrino leyente que lo sigue de desasosiego, en desasosiego, el mundo concentracionario y aséptico de la civilización postindustrial y un malestar que es el que irradia esta humanidad envenenada de sí misma, auto-intoxicada por sus dicciones y contradicciones, como dijo el venerable Claude Lévi-Straus —otro inmortal— en una de sus últimas entrevistas antes de cumplir cien años y de seguir vivo. El narrador resurrecto ya no es aquel furioso, exuberante y corrosivo cronista que se inclinaba con el morbo impasible del cirujano sobre el cuerpo y la historia en descomposición. Al volver de las catacumbas al mundo, va comprobando en su peregrinación hacia la nada el lazo inmaterial que una a la víctima y al ejecutor, al sacrificado y al oficiante que lo lleva al holocausto. Esta ambigüedad magistral es una de las fuerzas estrictamente literarias de Goytisolo. Se da, además, entre su prosa fabulada y la de su ejercicio periodístico una fecunda relación, donde la realidad constituida a través de la forma de la novela se va alimentando insidiosamente del comentario incisivo en la página periodística. Pongo como ejemplo un artículo del 19 de octubre de 2008 titulado “Ingeniería celeste, diseño constitucional”, donde hay algún tramo que podría fundirse sin dificultad en la prosa de la novela:

Tras la avalancha de correos electrónicos orquestada por descreídos o seguidores de doctrinas rivales u opuestas, una breve carta pastoral atajó secamente la proliferación de infundios: no había conflictos administrativos ni de orden económico en torno a la aplicación concreta de los principios constitutivos de la Trinidad. Todo seguía igual. Esta concisa y tajante puntualización no frenó con todo la diseminación de bulos ni su consiguiente desvío a otros ámbitos de posibles desavenencias. Al poner los puntos sobre las íes respecto a la gestión patrimonial común —omitiendo toda mención a desacuerdos de índole distinta— abría la puerta a nuevas especulaciones en torno al origen de aquéllas.⁵

A través de sus páginas, la novela va dejando claves, vestigios, residuos y restos en la memoria onírica del leyente peregrino que, al cerrar el libro (que no se cae de las manos como prueba el hecho de que a unos meses de publicada ya ha tenido tres ediciones), lo hace reconocer que el autor ha logrado crear en ese ni aquí ni allá un lugar ominoso y memorable, por más que no se pueda reconstruir más que el dibujo de su esfumada trama.

La conquista de ese lugar sin lugar, de ese *Erewhon*, para citar al Samuel Butler tan admirado por Valéry Larbud, de ese limbo, es la recompensa de este escritor alguna vez llamado Juan Goytisolo que ha renunciado a la esperanza y a la desesperanza y que, como una tortuga bajo su caparazón, va sobreviviendo a muy bajas temperaturas —las de nuestra helada época— a su propia, incesante metamorfosis tanto como a la del mundo.

El exiliado de aquí y allá es la historia de un peregrino que se mueve en el *entre* y a través del lenguaje que lo describe con su mundo abolido y avasallador; se mueve como si estuviese al borde

del espacio y el vacío, en la orilla de un escritorio que se va borrando a medida que se lee.

Los opuestos en ese espacio vacío coexisten. Vacío también porque no sabemos —ni importa— de dónde viene esta ausencia nombrada que es el monstruo de Sentier y su mundo. Rostro, vestidos, alimentos, costumbres de ese personaje que más que una presencia es una ausencia nombrada desde la cual se contempla el mundo, con el juego de sistema-antisistema que lleva a la reiteración o a la destrucción. La inmaterialidad del mundo descrito por el autor, contrasta tensamente con la precisión de sus descripciones y la exactitud con que rinde las voces sueltas que sabiamente recoge e interroga hasta sacarles el aire de mundo y mando que traen, para ir armando una narración cristalina y fluida como la música de Eric Satie: “El Monstruito —¡acababa de cumplir los veinte años!— se entregaba entonces a la escucha melancólica de las obras de Satie, interpretadas por sus colegas de hospedaje —las *Gymnopédies*, los *Trois morceaux en forme de poire*, los *Trois valse distingués du précieux dégoûté*—...”.⁶ ■

Adolfo Castañón (México)

Notas

1 Citado por Stuart Kelly en la *Biblioteca de los libros perdidos*. Barcelona: Paidós, 2005.

2 Citado por Linda Gould Levine en *Juan Goytisolo: la destrucción creadora*. México: Joaquín Martiz, 1976, p. 267.

3 Juan Goytisolo, *El exiliado de aquí y allá. La vida póstuma del Monstruo del Sentier*. Barcelona: Círculo de Lectores, España, 2008, 157 p.

4 *Ensayos escogidos* de Juan Goytisolo. Compilación y prólogo de Adolfo Castañón. México: Fondo de Cultura Económica, 2007, 433 p.

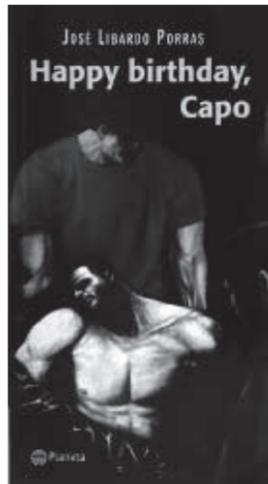
5 “Ingeniería celeste, diseño constitucional” de Juan Goytisolo. En: *El País*, domingo 19 de octubre de 2008, pp. 27-28.

6 Juan Goytisolo, *El exiliado de aquí y allá*, pp. 145-146.



FEDERACION INTERNACIONAL
DE REVISTAS CULTURALES

La realidad y la ironía en una novela histórica



Happy birthday, Capo
José Libardo Porras
Planeta
Bogotá, 2008
241 p.

Novelar la realidad no es una cosa fácil. Los hechos, en muchos casos, sobrepasan la ficción. Vivimos inmersos en una realidad compleja, cambiante y abstrusa; la aventura del narcotráfico es tan exagerada que las historias que se cuentan de matones y narcotraficantes superan la fantasía. Por eso, hacer de la historia del capo de capos, Pablo Escobar, una novela, es una aventura difícil de controlar desde el estilo y las formas literarias que la historia misma pueda determinar. Pues el fenómeno social, político y económico que encarnó este personaje es apabullante: convirtió un país en una fábrica de cocaína; nos transformó la visión que tenemos del dinero y se metió en la conciencia de una juventud que, aún hoy, tiene una manera de concebir el mundo como una tarea fácil; traficar, matar y vivir

poco, pero nadando en la opulencia. Convirtió el país en una trinchera y puso en vil hasta los mismos estadounidenses. Además, nos cambió la misma visión de realidad que podríamos tener los colombianos.

Fue un hombre que hizo llover billetes en una plaza y construyó un zoológico con animales traídos de África. La vida de Escobar es una oda a la exageración. Novelar sus últimas ocho horas es una tarea titánica, en el mejor sentido de la palabra. Pues este hombre-fenómeno fue tan arrebatador que su vida ha sido estudiada y mirada desde todos los ángulos posibles. Pero muy pocos se habían atrevido a mirarlo como ser humano, pues entre tanta desgracia que generó, se escondía el hombre de carne y hueso que somos todos. Así, la novela *Happy birthday, Capo* de Porras es esa mirada que faltaba en el panorama de la literatura colombiana.

Tal aventura se hace peligrosa no sólo por lo descabellada que fue la vida del capo, sino por el exceso de información que existe sobre el sicariato, el narcotráfico y el narcoterrorismo. Además, se camina sobre el filo peligroso de convertir la historia en un tratado sociológico y no literario. Pero aquí no sucede eso; por el contrario, es la novela de un hombre y el narrador sabe con cuáles fuegos juega, pues se mete en la conciencia de los personajes y vive los instantes de un pasado complejo. Una historia absurda pero bien estructurada en la forma como crea la tensión propia de lo contado y la intensidad para unir las últimas horas de Escobar con un pasado que lo doblega y lo atormenta. Ese doble juego pasado-presente hace que esta historia sea rica en detalles y como lectores esperemos un final de una novela que ya conocemos y ha sido narrada por la historia, relamida por la televisión, pero que aquí nos crea la tensión de

un texto bien tejido. Nos retarda y nos impulsa a encontrar el final como el clímax de toda historia bien narrada.

En esta novela histórica, rica en su estilo, predomina la ironía. Por la forma como vive el personaje, por la dimensión que adquiere como figura política metida a la fuerza en medio de una burguesía conservadora y cicatera. Y sobre todo, por el retrato que hace el narrador del personaje. “[...] y cuello y cabeza conformaban un cilindro superpuesto al tronco: el componente rectilíneo era la nariz. La chaqueta, de paño color crema también con rayas menudas. Completaba el atuendo, una cursilería si lo juzgáramos con base en los estilos en boga hoy, y, ya metidos a críticos de moda, decimos que era una pinta para el agente viajero de una cacharrería”. (p. 31) El retrato de un hombre es la imagen de un país.

Esta ironía no es únicamente con el personaje sino también con nuestra realidad, con los hechos sociales que nos han agobiado y con la formas de vida que se nos han impuesto. Hemos vivido en medio de una eterna masacre que no termina nunca y que todo lo permea. Vivimos en medio de asesinatos. Mejor lo dice el narrador: “[...] agobiado por la gloria de ser uno de los asesinos más fecundos del siglo en un país donde los asesinos, de tantos, se estorban entre sí” (p. 101). Una auténtica verdad en un país donde vive la muerte. Además, la paradoja de la riqueza y las burguesías latinoamericanas, cuando el capo piensa que podría escribir un libro para contar la historia del último cuarto del siglo XX. Un libro que no hablaría de la droga, ni de “los millones de dólares que le habían permitido mofarse de los pobres que eran los ricos de América Latina” (p. 217). De esta manera, la novela se enriquece no sólo por la forma como es contada, sino porque cada

capítulo es un acercamiento a la muerte, un retroceso al pasado y una vivencia de la tensión de cada uno de los personajes. Además, el texto es enriquecido por el tratamiento del lenguaje. Cada personaje habla por sí solo, con su lenguaje y desde su realidad. El narrador se mete en la conciencia de cada uno para expresarse no sólo desde su óptica sino también desde sus palabras.

Así, esta novela no es un chisme más de la farándula a la que nos están acostumbrando la televisión y los periódicos de tiraje nacional e internacional. No es un libro para captar lectores incautos que esperan de cada texto el detalle nimio de lo que hizo el muerto tres minutos antes de morir, ni tampoco ahonda en los detalles del periodismo fácil y amarillista. Aquellos que han sido formados con este tipo de lectura no encontrarán esos detalles que acostumbra cazar. Pues la novela es irónica también por el momento que narra en el primer capítulo: un intento de defecación que se prolonga. La novela, de esta manera y desde principio a fin, nos retrata la tragedia de nuestro país; hasta los que participan del asesinato del capo sienten la frustración de no estar elevados al nivel que deberían considerarse. Siempre la gloria es de aquellos que están en los escritorios, no de quienes se meten en la lucha del día a día.

No escatima Porras en narrar los abusos del personaje en su vida, la crueldad como trató a quienes consideraba sus opositores. La ventaja de su texto es que no se encasilla en narrar esa aventura grotesca que es la vida de los vándalos; por el dinero hacen lo que sea, la traición o los errores se pagan con la tortura y la vida. De la misma manera como el capo asesinó, también lo hicieron policías y militares. En esta parte, la historia colombiana se ajustó al dicho bíblico “ojo por ojo, diente por diente”.

Se ajusta la novela al día del asesinato del capo, pues no se escatiman detalles de cómo vivió la familia esos momentos dolorosos: la pequeña hija que el narrador deja vivir como niña, actuar como tal y comportarse como lo que es. El hijo, Manuel, impotente y castrado para la vida, sin herramientas para vivir; acostumbrado a recibir lo que pidieran sus deseos, pero mutilado para enfrentar el mundo. Los monólogos de la esposa Cecilia son la forma más plena para conocer los personajes de carne y hueso. Aunque es una novela fundamentada en la realidad, no es esa realidad apabullante de cifras, pesos y número de muertos. Es la vivencia del dolor de una familia que también ama, de un hombre que amó y vivió la derrota hasta quedarse solo. De esta manera, las conversaciones que sostiene el capo con las cosas no son un decorado de la historia, sino la forma de ver la derrota del poder y la soledad de un hombre a quien las cosas le hablan y San Judas Tadeo, el santo de las cosas imposibles, le muestra su camino; el espejo de la desolación.

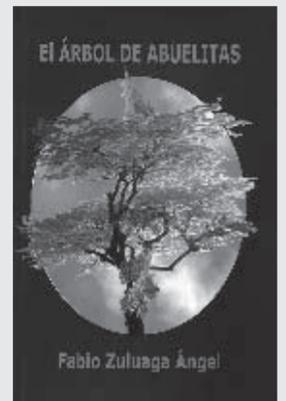
Dentro de todos los personajes que maneja el narrador, resulta asombrosa la forma como se mete en la conciencia del guardaespaldas y en la historia de ese amor escondido que tuvo el capo. Esa Sofía, entre extraña y brillante, que mantuvo el silencio de un amor eterno.

No sobra advertir que el formato del libro es una alusión al cuaderno de apuntes del capo.

Esta novela, que trata un tema aparentemente agotado, nos hace ver otra parte del espejo de nuestra realidad, y es la ironía esa verdad que se expresa entre la risa y la ira. ■

Joaquín Arango R. (Colombia)

N O V E D A D



El árbol de abuelitas
Fabio Zuluaga Ángel
Ediciones Los Octámbulos
Medellín, 2008
116 p.

Todo ser vivo, por insignificante o pequeño que parezca, está ligado al cosmos y es hijo directo de las estrellas, que fabrican en su interior los elementos químicos constituyentes de la vida.

La muerte –que a todos nos toca– reintegra esos elementos a la Madre Tierra, y ésta los recicla, para que continúen su interminable ciclo a través del planeta.

Gaya Sotomayor de Ortiz, madre de doce hijos y personaje central de este libro, pide que al morir su cuerpo sea cremado, y sus cenizas enterradas debajo del árbol que ella misma escogió y del que quiere entrar a formar parte.

El lector tiene en sus manos una obra profundamente sencilla, y sencillamente profunda. Sin duda, una bella novela.

Juan Gil Blas